

FLORENCIA
CANALE

La
VENGADORA

Damasita Boedo, la amante de Lavalle

Novela  Planeta

FLORENCIA CANALE

La vengadora

 Planeta

PRIMERA PARTE

Vidas paralelas

CAPÍTULO

I

*L*a sala parecía un hervidero. Los integrantes de la familia ocupaban gran parte de los asientos, y de a poco se sumaban los amigos y alguna que otra relación insoslayable. El festejo de cumpleaños de Damasita exponía las ganas de celebrar de los Boedo. De todos, menos de la niña.

—¿Enfurrugada otra vez, *m'hijita*? —preguntó su tía Marcelina en un murmullo. —Que no se cumplen ocho años todos los días y la cocina en pleno se ha ocupado durante toda la semana para colmarte de manjares. A ver, cambie esa cara, Dámasa.

—Es que me hubiera gustado que estén mis hermanos aquí conmigo —dijo la niña en un hilito de voz.

—¿Qué pasa por aquí? —se acercó Josefa, la tía preferida, y tras ella, la mayor de las Boedo, Juliana.

—La niña está triste —anunció Marcelina y revoleó los ojos con hastío. Había perdido la paciencia hacía rato.

Josefa la tomó de la mano y se la llevó aparte. Sabía que debía dedicarle tiempo. Desde bien pequeña su sobrina no la tenía fácil. Damasita y sus hermanos Mariano Fortunato y José Félix eran huérfanos. La madre de la pequeña, María Gerónima Arias Castellanos, había muerto a pocos días de parir a la niña, y su padre, José Francisco, de salud frágil, no la había sobrevivido mucho tiempo más. Casi de la noche a la mañana, los Boedo y Arias quedaron solos demasiado pronto. Los varones, quince y nueve años mayores que la niña, habían

La vengadora

intentado ejercer un rol paternal, a pesar de que la crianza de los tres había sido asumida por los tíos.

—A ver, mi pequeña, cuéntame los motivos de tu pena. —Se habían dirigido hasta el patio y Josefa se sentó bajo el naranjo, uno de los sitios favoritos de Damasita.

—Extraño a Mariano y a José.

—Te entiendo, pero están cumpliendo con su deber. Tus hermanos son valientes, niña, como todos los Boedo. Y tú debes sentir orgullo por ello. Las mujeres de la familia alentamos las decisiones de nuestros hombres. Volverán, ya verás, con la gloria de los vencedores —dijo Josefa mientras acariciaba los rulos claros de su sobrina.

—Los hombres de esta casa nunca vuelven —sentenció Damasita con la resignación de una anciana.

—¿Pero qué dices? —Josefa la miró de arriba a abajo, azorada. —¿De dónde sacas esas ideas alocadas?

—Tatita y los tíos, ¿acaso están aquí con nosotras? —preguntó desafiante.

Damasita estaba en lo cierto, demasiados fantasmas poblaban la finca de los Boedo. Apenas tenía recuerdos de su padre muerto, de su tío Juan Manuel —el valiente teniente coronel que había perdido la vida en el ataque a la fortaleza de Talcahuano un año antes de su nacimiento— y del otro tío del que todos hablaban, no sólo en las calles salteñas sino en el resto del país, el gallardo Mariano Joaquín. Éste había participado de los revoltosos acontecimientos de Mayo de 1810 y en 1816 había ocupado una banca por su provincia en el Congreso de Tucumán. Pero había muerto en Buenos Aires tres años después, víctima de disentería. Sólo quedaba un varón vivo, el tío José.

—Mis hermanos nos cuidan desde el cielo, Damasita. No estés triste, pequeña, demuéstales con tu bondad el orgullo

de la sangre. ¿Sabes cómo hago yo? —Josefa le clavó la mirada para que no le quedaran dudas. —Todas las noches, cuando rezo, les converso. ¡Y ellos me contestan!

La niña abrió los ojos de par en par. No entendía lo que le confesaba su tía pero si aquella práctica le podía traer a su padre siquiera por unos pocos minutos, lo intentaría.

—¿Y eso mismo me servirá para conversar con mis hermanos? —la mirada celeste de Damasita se iluminó.

—Seguro, querida. De cualquier modo, los muchachos estarán de vuelta en un santiamén, ya verás.

Hacía un año que Mariano Fortunato y José Félix, con 22 y 17 años, habían sido convocados para formar parte del batallón de Cazadores de Salta, creado por el comandante José María Paz, y a sus órdenes habían pasado al ejército que había organizado el general Martín Rodríguez en la línea del Uruguay.

Desde la sala y con paso cansino llegó Marcelina al patio en busca de su sobrina. Los invitados demandaban la presencia de la agasajada.

—Damasita, volvamos adentro, acaba de llegar Juana y te busca.

La niña pegó un salto y corrió a la sala, dejando a sus tías rezagadas. Allí, cerca de la puerta, estaban Juana Manuela y sus padres, el gobernador delegado José Ignacio de Gorriti y su esposa, Feliciana Zuviría.

—¡Pero qué bien se te ve, Damasita! ¡Que los cumplas con alegría! —la saludó doña Feliciana y le extendió un presente.

La niña agradeció y, sin mirar lo que traía el paquete, se fundió en un abrazo con su amiga. Entre sonrisas y secreteos se alejaron de los adultos y se dirigieron al estrado, donde se obsequiaban todas las exquisiteces del festejo. Atiborraron

La vengadora

un plato de golosinas y se acomodaron en sendas sillas en la cabecera de la sala, contra el muro tapizado de damasco de seda morada. Los vestidos claros de Dámasa y Juana parecían dos gotas de leche cuajada sobre un río de sangre. Como dos loros, dieron rienda suelta a la conversación. Juana Manuela había llegado hacía algunos años desde Los Horcones, la hacienda de la familia, para estudiar en un beaterío de la capital provincial. Pero el encierro no era para ella. La madre la había venido a buscar para emprender el regreso y, mientras tanto, disfrutaba un poco de la algarabía de la ciudad.

Mientras las niñas cuchicheaban de sus cosas, en la otra punta los Boedo acribillaban a preguntas al Gobernador acerca de la Patria Vieja y el ascenso paulatino de los opositores, que oscilaban entre las fuerzas extranjeras y la furia que llegaba desde Buenos Aires. Ay, Buenos Aires, la elegida, esa ciudad con ínfulas de reina...

* * *

El general Lavalle había embarcado por fin rumbo a la orilla oriental. Su próximo destino era el campamento de San José, adonde se incorporaría al ejército. Retomaba las armas que no hubiera querido abandonar nunca. El «León de Río Bamba» estaba de regreso. El héroe del otrora Ejército Libertador, aquel joven que había deslumbrado a don José de San Martín por su enjundia a destajo, volvía a la razón de su vida: la lucha por los ideales, el campo de batalla, el sable hacia el frente, el filo hundido en las entrañas del enemigo.

Oteaba el horizonte con intensidad. Los hados al fin estaban de su lado. Por suerte para él don Bernardino Rivadavia ocupaba la presidencia de la República. Harto de la desidia y torpeza de su predecesor, Juan Gregorio de Las Heras, la es-

peranza le recorría el cuerpo por entero. Amigo de la familia, el renovado hombre fuerte de la provincia prometía bonanza y los Lavalle le creían. El padre de Juan Galo, don Manuel José Bonifacio de Lavalle y Cortés —peruano y descendiente directo del conquistador de México, Hernán Cortés, quien había sido contador general de las Rentas y el Tabaco durante el Virreinato—, llevaba consigo el respeto de todos y era mirado en el municipio como un hombre venerable; le debía a su amigo Bernardino el cargo de administrador de aduana, que desempeñaba desde 1812.

Los Lavalle eran una de las familias de mayor prestigio de Buenos Aires. Dueños de una fortuna contante y sonante, con educación en los mejores colegios y una prestancia que acallaba a más de uno, los varones y las damas portadoras del apellido eran señalados por llevar adelante una reputación intachable y se los buscaba a la hora de las relaciones sociales y también políticas.

Dolores, la esposa de Juan, había partido antes que él rumbo a su Mendoza natal junto a Augustito, su hijo de apenas un año. La buena de Dolorica, la mujer a la que había elegido para casarse, era intachable. Al pensar en ella, Juan tuvo la sensación de que había pasado toda una vida desde aquel día en el que se habían conocido. Había llegado a la provincia siendo un joven granadero del Ejército de los Andes y había demostrado una bravura de ley, convirtiéndose en uno de los dilectos del general don José de San Martín. Pero el combate no había sido su único desvelo. Desde su más tierna juventud, Juan Galo había calmado sus ansias entre los pliegues de las faldas de las muchachas. Y allí se había abandonado en serio.

Dolores era una de los 13 hijos de Eduarda Espínola y Costa Lemos, y de Juan de Dios Correas. Como todas las niñas de la alta sociedad mendocina, había sido educada bajo los

La vengadora

preceptos religiosos y su madre, además, se había encargado de apuntalarla para que se transformara en una mujer de bien. El aguerrido soldado de dieciocho años había cruzado miradas con la damita en una de las tertulias ofrecidas por la esposa de su jefe, doña Remedios de Escalada.

El flechazo había sido instantáneo. Durante su estadía en la ciudad, Juan la cortejó como Dios manda: paseos por la Alameda custodiados por algún pariente de ojo avizor, convites a la finca de los Correa y algún que otro programa más. El 22 de julio de 1816 se comprometieron y, luego de ocho años de encuentros intermitentes, aquel martes 20 de abril fueron bendecidos en matrimonio en la Iglesia Matriz por el presbítero José de Godoy. Los testigos fueron el sargento mayor de la Marina de Chile Martino José de Warnes, los coroneles del Ejército de los Andes Antonio Luis Beruti y Vicente Dupuy, y el teniente coronel retirado del Regimiento de Dragones José María Reyna.

Juan le enseñó todo a su grácil esposa. Y ella fue una alumna obediente. Él pedía, ella concedía. Su madre le había apuntado con voz férrea que la mujer debía acatar a todos los reclamos del hombre de la casa. Bastó que Juan metiera mano debajo de las ropas más íntimas, para que Dolores dejara escapar un suspiro que terminaba en jadeo frenético. Sintió que con Juan estaba a salvo, que él la llevaría por el camino indicado. Y no le dio respiro, se olvidó de dormir, también de comer. A veces ni llegaban al lecho. El ardor de los cuerpos los urgía.

Pero los tiempos de placer conyugal acabaron pronto. El agite político de la provincia andina lo arrojó a la realidad en un abrir y cerrar de ojos. Para ese entonces, el gobernador Pedro Molina había tenido que abandonar el poder a la fuerza y el coronel José Albino Gutiérrez había tomado su lugar.

—El Albín este es más sanguinario que el mismo diablo.

—Manda al paredón hasta treinta prisioneros por jornada. ¡No le tiembla el pulso para el gatillo!

—En San Juan mandó asesinar a todos los caídos en combate en una sola orden.

Los habitantes cuchicheaban en cada rincón. El pueblo mendocino estaba aterrado. Como reguero de pólvora, había empezado a circular el rumor de que el joven coronel Lavalle, los hermanos Aldao y Lorenzo Barcala se habían unido para derrocar al Gobernador. Ni tiempo de confirmarlo hubo. A la mínima encabritada de tropas, Molina dejó el cargo y los comandantes de los cuerpos cívicos pusieron a Lavalle al frente del gobierno interino.

Juan Galo sonreía en silencio. No daba lugar para la conversación, había buscado un sitio algo alejado del resto para pensar sin ser interrumpido. Había encontrado un tiempo para escribirle a su hermano Pepe. Precisaba notificarle las novedades de las primeras acciones navales contra el monstruo brasileño, el país vecino que sumaba poder, territorio y encono. Sentía que la suerte estaría de su lado. Había empezado a mirar con buenos ojos al ministro de Guerra, don Carlos de Alvear, que al fin había tomado la decisión de organizar las tropas, con el bolsillo abierto de par en par.

Una discusión a voz en cuello lo arrancó de sus cavilaciones. A pesar de estar en el otro extremo de la embarcación, Lavalle escuchó lo que soltaban algunos de los soldados que viajaban con él. Hacía días que se anunciaba que se presentarían veinte velas enemigas. ¡Guay con que los agarraran de improviso! Se decía que llegarían para desbaratar las fiestas del 25 de Mayo con un bombardeo. Había que prepararse, calzarse los trajes de guerra y fuera uno a saber cuánta cosa más.

La vengadora

—¡A ver, señores, escuchen a los que saben y dejen de anunciar ridiculeces! Me río de esa bravata. Nuestra escuadra permanece fondeada en las balizas exteriores —gritó Lavalle desde su lugar y en la cubierta cundió un silencio de tumba. —¿Qué harán afuera estos tristes cascarones? Pues tirar 200 cañonazos y meterse adentro a impedir el bombardeo, que no es poco.

A última hora llegaron al campamento de San José. Juan Galo no le erró al pronóstico. Al día siguiente llegaron las naves con bandera de Brasil y se fondearon cerca del puerto de Buenos Aires. Mientras en tierra firme comenzaban los festejos patrios, comenzó un combate que duró más de una hora. La fuerza imperial apretaba el bloqueo.

* * *

Juliana y Josefa repitieron por centésima vez que había que apurarse. Las niñas daban vueltas, tardaban en alistarse. No era que no tuvieran ganas de ir a jugar a casa de su amiga Juana Manuela, sólo que cualquier detalle era capaz de distraerlas por completo. Esta vez se trataba de un sapo enloquecido que había quedado varado en el patio luego de la noche lluviosa.

—¿Pero qué hacen allí? Niñas, apuren —la amonestó Juliana. —¡No lo repito más, Micaela y Damasita, nos vamos!

—Mamá, es que debemos socorrer al pobre animalito, su familia no está, quedó solo y desamparado —respondió Micaela entre risas y grititos de terror.

—Socorro van a pedir ustedes cuando las dejemos aquí sin nadie y encerradas en el medio de la noche —las cortó Juliana. —No vaya a ser que aparezcan quienes ustedes bien saben...

El alarido de Damasita y su prima se escuchó a una legua de distancia. Sabían de memoria a qué se refería. Cuando la noche oscurecía la ciudad, aparecían las almas en pena. Las niñas —pero no eran las únicas— creían en las brujas, en las barraganas convertidas por castigo de Dios y en la mula ánima, el monstruo que bufaba, ardía y galopaba de noche comiéndose a la gente. Se incorporaron en el acto para que los feos pensamientos se borrarán y se dejaron acicalar para salir.

Bien cubiertas para prevenirse del frío, Damasita tomó la mano de Josefa y Micaela, la de su madre. Caminaron algunas cuadras en silencio hasta que llegaron a la Plaza de Armas*. Por la acera opuesta se paseaba el canónigo Gorriti, hermano del Gobernador, como hacía a menudo, mientras tañía la campana de la Catedral llamando a coro.

—Avisémosle al padre Gorriti que visitaremos a Juanita —dijo Damasita y le tironeó del brazo a Josefa.

En el costado sur de la plaza se imponía la mole del Cabildo, que velaba por la seguridad del vecindario. Juliana la señaló y a modo de broma las amenazó con encerrarlas en la cárcel, que también funcionaba allí, por su mal comportamiento. Niñas y adultas rieron como locas mientras continuaban la caminata por La Estrella** para evitar el lodazal provocado por las lluvias del día anterior.

Era una mañana tranquila, fría y sin sobresaltos. Atravesar la plaza, aquel día, resultaba agradable, a diferencia de otras veces en las que se oía el estruendo de los fusilamientos, aplicados a un criminal en soledad o bien a un pelotón de reos, cuando los acontecimientos políticos así lo deman-

* Plaza 9 de Julio en la actualidad.

** Así se llamaban las dos aceras anchas de lajas escogidas que cruzaban la Plaza en diagonal.

La vengadora

daban. La espantosa ceremonia dejaba boquiabiertos a los curiosos que resultaban testigos del sangriento espectáculo.

Damasita miró a un lado y al otro. La puerta de la cárcel estaba cerrada; la campana no tañía ese sonido agónico que anunciaba la muerte; no aparecía ninguna carreta desde los bajos del Cabildo conduciendo a las víctimas al suplicio. La niña jamás había presenciado un fusilamiento pero había escuchado varias veces los relatos encendidos de los adultos: que si se lo tenían merecido, que por lo menos habían tenido la exhortación del sacerdote con el crucifijo en la mano y la cabeza descubierta, que los habían atado en el banquillo... ¿Tenía los ojos vendados? Aquel otro, que era militar y hombre de valor, no había permitido que se los vendaran. Desafiaba la muerte de puro bravo, habrá pensado que era inmortal... A pesar de su corta edad, la niña de los Boedo estaba acostumbrada a esos relatos. Y también entendía a la perfección que sus hermanos habían partido rumbo a la guerra. No le interesaba quién los había convocado y contra quiénes peleaban: cualquiera que amenazara a sus hermanos pasaba automáticamente a ser su enemigo. Fuera quien fuera y sin miramientos.

Poco sabía de los acontecimientos de su Salta, de los dueños de la tierra, de los poderosos, del trabajo de zapa, de las traiciones entre hermanos y la voracidad sin límite. Algunos años atrás, cuando se aproximaba el final de la segunda Gobernación de José Ignacio Gorriti, un levantamiento militar había expulsado del gobierno de la provincia vecina del Tucumán a don Bernabé Aráoz, hombre cercano a algunas familias liberales de Salta. Salió como tejo y allí encontró refugio, pero no abandonó el ejercicio de la conspiración, ávido por volver a su casa y al poder.

En enero del '24, Juan Antonio Álvarez de Arenales había sido elegido gobernador de Salta. Había sido un desta-

cado guerrero en las guerras de la Independencia, primero bajo las órdenes de Manuel Belgrano, luego en el Ejército de los Andes junto a José de San Martín. El hombre era español pero se había casado con Serafina Hoyos, hija de un terrateniente del Valle de Lerma. La designación de Arenales había coincidido con el gobierno de Rivadavia, con quien mantenía excelentes relaciones. Corrían tiempos de reconciliación entre las grandes familias salteñas, y todo esto era celebrado por el aplauso de la exigente Buenos Aires.

Sin embargo, no todo era algarabía y unión en el gobierno de Arenales. A los dos meses de su asunción, la provincia vecina le había exigido la entrega inmediata del traidor Aráoz, acusado de conspiración. Con poca gana de trifulca limítrofe, lo pusieron de patitas en la calle y al llegar a la frontera fue fusilado por las milicias tucumanas que debían recibirlo y conducirlo hasta la ciudad capital. Los aliados de Aráoz en Salta pusieron el grito en el cielo. Pero el reclamo tucumano no había sido el único motivo para sacarlo de tierra salteña. Los adláteres de Arenales habían descubierto que Aráoz pergeñaba un plan para terminar con su gobierno, con la complicidad de algunos familiares del héroe muerto don Martín Miguel de Güemes, con Francisco «Pachi» Gorriti, hermano menor del gobernador saliente y del canónigo, y algunos comandantes de los Escuadrones Gauchos del Valle de Lerma. Las familias principales salvaron el pellejo; en cambio, el comandante Sinforoso Morales y el capitán Bernardino Olivera fueron al paredón.

* * *

Las Boedo llegaron a la residencia del Gobernador. Allí las recibió doña Feliciano, que tenía todo listo para la visita. Condujo a Josefa y a Juliana a la sala, y a las niñas a las habi-

La vengadora

taciones de su hija menor. Juana Manuela estaba sentada en su silloncito forrado en seda malva, con un libro en la mano. Al ver a sus amigas, bajó de un salto y las abrazó.

—Aquí te traigo a Damasita y Micaela, m'hija. Pórtense bien, en un rato les envió a Siríaca —anunció la madre y se retiró cerrando la puerta al salir.

—¿Qué hacías, Juana? —preguntó Damasita, curiosa.

—Practicaba la lectura, me aburro mucho en este lugar —respondió la pequeña Gorriti. —Por suerte en unos días volvemos a Los Horcones. Mamita vino a retirarme. ¿Saben que me enfermé allí encerrada?

—Sí, nos contaron en casa. ¿Y ahora ya estás mejor? —insistió Damasita algo triste porque ya no tendría cerca a su amiga.

—Me curé como por arte de magia. Era ese encierro el que me tenía a mal traer. El día que me subieron al coche para mudarme a la ciudad sentí que me moría —el gesto le cambió, los ojos se cubrieron con un velo opaco.

Dámasa y Micaela la miraban en silencio, desconcertadas. No sabían si abrazar a su amiga o salir corriendo al patio como una turba ruidosa.

—Allá en el campo era libre como el viento. Acá, con las monjas, no podía respirar, no encontraba el aire —dijo Juana con angustia, mientras se apretaba la garganta con las manos diminutas. —Pero ahora soy feliz otra vez.

Sonrió de oreja a oreja pero al mirar la cara de Damasita se le quitó la alegría. Era evidente que su amiga se había enfurruñado.

—Pensé que te gustaba aquí con nosotras —susurró ésta a modo de reproche.

—Pero pueden venir a visitarme a la estancia... Ahora le digo a mamita y solucionamos todo —dijo Juana, intentando calmar las aguas.

La situación recobró algo de equilibrio y las tres niñas volvieron a trenzar el vínculo como si nada hubiera pasado. En la otra ala de la residencia, la dueña de casa y sus convidadas conversaban mientras tomaban chocolate caliente.

—Mañana partimos al alba con Juanita y algunos criados. Aquí se queda José Ignacio, cumpliendo con su deber, aunque no me gusta dejarlo —señaló Feliciano.

—Claro, no debe ser fácil —dijo Juliana y eligió el pastelito más dorado y crocante.

—¿Y por qué no se quedan en la ciudad? —dijo Josefa frunciendo el ceño.

—José Ignacio nos prefiere lejos de aquí, y Juana ni les cuento. Si nos quedamos, me mata —respondió Feliciano y esbozó una sonrisa.

Las señoras largaron una carcajada. Como quien no quiere la cosa, las Boedo acribillaron a preguntas a la mujer del Gobernador provisorio. ¿Sabía algo de las milicias salteñas, de los soldados que habían partido a la guerra, de nuestros queridos sobrinos? ¿Y en qué quedó ese asunto de la visita bajo el poncho de Manuel Dorrego en la ciudad? Feliciano tenía poca información, o prefería callarla. Lo único que pudo agregar fue que la cuestión del federal había sucedido con Arenales en el poder.

—Que se las arregle él solito y no traiga sus problemas a esta casa, que ya tenemos bastante. José Ignacio le salva las papas. Parece que Dorrego tiene pensado dirigirse al Perú para seducir a ese que se hace llamar Supremo, el tal Bolívar, para la causa de la federación. Aquí nadie da puntada sin hilo, ya verán...

Josefa y Juliana abrieron los ojos como platos, fascinadas con todo lo que se insinuaba en la perorata de Feliciano. Hablaban y escuchaban, todo al mismo tiempo, en un susurro

La vengadora

constante en el que ya no se podía diferenciar quién agregaba qué dato, chisme o información. De pronto se lanzó sobre la mesa el tema del asesinato de uno de los hermanos Moldes. ¿Cuál era...? Ah, sí, creo que Eustaquio... No, José, el que fue diputado, lo habían acusado de intentar una conspiración contra Arenales —lo mismo de siempre—, y lo acribilló la tropa que debía tomarlo prisionero... ¡Pero qué barbaridad! La verdad sea dicha, nuestros hombres no quieren enrolarse en una guerra que no nos pertenece... Por supuesto, mi querida, que Buenos Aires libre sus propios combates con el Brasil, nosotros no tenemos nada que ver, que se maten entre ellos... Y te digo, Feliciano, pero ojo con repetirlo, el ridículo de Arenales se comprometió a enviarles hombres y allí están nuestros queridos Mariano y Félix, que Dios los proteja y cuide, a ver si José Ignacio puede revertir esta cuestión y traer a nuestros jóvenes a casa...